

CARBÓ GARCÍA, Juan Ramón

Apropiaciones de la Antigüedad. De getas, godos, Reyes Católicos, yugos y flechas.

Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja-
Universidad Carlos III.
Madrid: 2015, 270 pp.

Los godos tienen una historia que, como todo pasado, es mutable. De hecho, tienen al menos dos historias. La primera aquella que trabajosamente se ha ido reconstruyendo a partir de la lectura de los textos, tras el esfuerzo de dilucidar qué había detrás de los textos, tras intentar subvertir los errores y las manipulaciones de los copistas, tras separar los testimonios de las interpretaciones interesadas. Esta es una historia inacabada, sometida al capricho de las hipótesis, a la perfectibilidad de nuestras herramientas, al progreso de los testimonios arqueológicos, pero que, al margen esos imponderables, se guía por el deseo de ubicar su acontecer en un contexto creíble, liberado de las fábulas y donde sus fautores, los historiadores, procuran ser, como quería Miguel de Cervantes en boca de Don Quijote, «puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición, no les haga torcer el camino de la verdad» (I, 9). La segunda historia es más difícil de definir, porque no tiene como objetivo desentrañar el pasado sino aprovecharse de él, esencialmente construirlo en función del presente, «dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia lo más sustancial de la obra» (I, 16). De esta manera, con gran facilidad, el pasado deja de ser un cúmulo de hechos historiables para convertirse en un cuerpo de doctrinas o categorías legitimadoras

del presente, a ese fin no importa que se trate de una recreación o una invención, es su carácter utilitario lo que la legitima.

El autor del libro que comentamos prefiere considerar que el presente, categoría igualmente mutable y precedera, por lo tanto, la sucesión de presentes, se ha apropiado de los godos/getas –dualidad que ya en sí misma es una apropiación– en función de sus necesidades inmediatas. Como enemigos o como héroes fundadores los godos son, entre aquellos que irrumpieron en los confines occidentales del Imperio romano en el último siglo de su existencia, el pueblo bárbaro cuya estela ha dejado una huella más evidente en el imaginario europeo. Que los godos fuesen los responsables de la gran derrota romana de Adrianópolis en el 378, y tres décadas después de la sucesión de asedios que culminaron con el saqueo de Roma en el 410, probablemente contribuyó a que concitasen una atención excepcional y la temprana necesidad de justificar aquellos acontecimientos. De hecho, la primera parte del libro de Juan Ramón Carbó está dedicada a desentrañar el esfuerzo erudito que los contemporáneos hicieron por ubicar a los godos entre aquellos pueblos que el mundo clásico había conocido en su periferia inmediata. Dada su ubicación geográfica dirigieron su atención hacia los escitas, dacio-getas y tracios; y entre ellos, especialmente los getas, probablemente por una mera proximidad fonética, creyeron encontrar su huella étnica a partir de la cual dotarles de una identidad. El protagonismo adquirido en los destinos del Imperio hizo que autores como Agustín u Orosio considerasen a los godos, de manera genérica a los bárbaros, brazos

ejecutores de la Providencia; cuando pocos años después se conviertan en árbitros de los destinos de Italia, luego de Hispania, fue necesario no solo justificar ese papel sino también legitimarlo.

Al objetivo de construir una imagen de respetabilidad acorde con el papel que los ostrogodos de Teodorico habían asumido en Italia como continuadores del gobierno de Roma habría contribuido la hipotética *Historia Gothorum* de Casiodoro. Sin embargo, toda la argumentación sobre la imagen que este autor pudiera transmitir de los godos debe proceder de las noticias recogidas en sus *Variae*, en su *Chronica*, o de aquello que Jordanes, que confiesa haber leído el texto en un par de días, pudiese haber captado. Autor este, él mismo de origen bárbaro, que se encargó en su *Getica* de hacer una indudable exaltación patriótica del pueblo godo, a quienes considera «los más sabios de todos los bárbaros». En Hispania fue Isidoro de Sevilla quien en su historiación de los godos culminó la tarea de emparentarlos con las genealogías bíblicas, incorporándolos así al plan de la Providencia. Se había construido la cimentación para hacer a los godos una parte de las etapas que habrían de llevar a la Parusia. Al coraje y la valentía ante la muerte se va a unir, con su conversión al cristianismo, un papel misionero. Este esquema habrá de tener un papel fundamental en el futuro devenir de su fortuna. Los godos desaparecerán de la escena política con el fin del reino visigodo en el 711, los ostrogodos de Italia ya han sido absorbidos tiempo atrás por la violencia de bizantinos y longobardos; sin embargo, en ese momento comenzaron su «historia» más gloriosa como piedra de toque de legitimidades, en una artificiosa construcción que llega hasta el mundo contemporáneo.

Es aquí donde el trabajo de Juan Ramón Carbó inicia de manera detallada aquello

que el título anota como «apropiaciones». Las siguientes 200 páginas van a dedicarse a desentrañar cómo el goticismo va a recorrer Europa casi a la par que el hipotético periplo que los godos emprendieron desde su patria original en las costas bálticas de lo que hoy es Suecia, la isla de Gotland, hacia Polonia, Eslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Italia, Galia y finalmente la Península Ibérica; incluyendo algunos saltos anómalos hacia lugares aparentemente exóticos como los Países Bajos o Malta. El trabajo aborda ese estudio en tres etapas que se corresponden con la tradicional división en Historia Media, Moderna y Contemporánea; dentro de cada periodo hace un repaso de cómo en cada ámbito de esa geografía fue recibido y utilizado ese conjunto de tradiciones. Es una tarea difícil, esencialmente porque la naturaleza de los testimonios es muy variada, porque en cada uno de los ámbitos esa masa de recreaciones vino a configurar un imaginario diverso como lo eran las motivaciones y, en consecuencia, el resultado es desigual. Es evidente que el historiador no hace la historia que quiere, hace esencialmente la que las fuentes le dejan y, en este sentido el desequilibrio era inevitable.

Con todo, el resultado es singularmente atractivo. Lo es el apartado dedicado a la reconstrucción de las geografías míticas medievales, en un periodo en que el conocimiento geográfico estaba condicionado por preconcebidas ideas de finitud y el convencimiento de la existencia de áreas marginales cuyos hipotéticos pobladores encendían la imaginación de los constructores de bestiaros. Lo es la aproximación a las tradiciones cultistas del Renacimiento escandinavo que en Suecia posibilitaron que Gustavo I Vasa, a mediados del siglo xvi, incorporase a sus títulos el de rey de los godos, en franca competencia con la corona española, en un esfuerzo de presentarse ante la opinión

pública europea como el pueblo más antiguo del continente –ya lo habían proclamado con argumentos similares en el concilio de Basilea de 1434–. No menos atractivo es el capítulo dedicado al ámbito transilvano-danubiano donde el goticismo recorrió un largo camino al servicio de causas varias, para acabar desempeñando un papel aglutinador en la conformación de una identidad rumana unitaria. Este apartado se beneficia, por otro lado, del extraordinario conocimiento que el autor tiene de la historiografía rumana, lo que le permite incorporar este ámbito de estudio del que la tradición cultural europea occidental aún se mantiene bastante alejada. Quizás sea el ámbito hispano, con estar privilegiado en el conjunto del libro, el que presente algún salto en el vacío que sería necesario explicar. Es probable que la necesidad de hacer asequible el libro haya forzado al autor a limitar la información de la tradición historiográficamente más rica, incluso la bibliografía pertinente, algo necesario para que el equilibrio entre las partes no se rompiera definitivamente. Sin embargo, alguno de esos saltos en el vacío debiera haber contado al menos con una nota explicativa. Un ejemplo es el relativo a los orígenes del goticismo medieval hispano que, tal como se presenta, parece haber surgido abruptamente en el siglo XII/XIII. Sin el empeño de la corte asturiana por ligar su propio destino a la herencia visigoda de Toledo, y la construcción de un nexo hereditario justificativo, es probable que toda la obsesión goda de los siglos subsiguientes hubiese quedado en mera anécdota.

La lectura del libro no solo es esclarecedora, un necesario ejercicio de introspección sobre nuestro oficio y la cambiante perspectiva que sobre el pasado arrojan las elucubraciones justificativas del presente; es además provocadora, por cuanto nos lleva a reflexionar

sobre los porqués. Aquellos que motivaron las construcciones que el libro desvela y aquellas que llevaron a negar otras que pudieron darse. Por qué están los godos en el imaginario sueco, polaco, rumano o hispano parece a la postre claro. Por qué en Francia son apenas el recuerdo negativo que llevaba en el Siglo de las Luces a utilizar el apelativo «ostrogodo» en el mismo sentido que nosotros utilizamos aún hoy el de «vándalo», por qué el recuerdo godo apenas es reivindicado en Bulgaria, donde tuvieron una estancia prolongada y significativa, por un pequeño grupo de opinión y en Italia quedaron subsumidos de tal manera que cuando nos encontramos ante un Nicolao Goto Romano, hijo de Petro Goto, muerto en 1659, en el Claustro de Bramante de la romana iglesia de Santa María de la Pace, tenemos la sensación de encontrarnos con el representante clandestino de una historia subterránea nunca emergida. Pero ese sería otro libro, el que ahora comentamos es atractivo en sí mismo, y lo es para el público especializado y para un público culto de amplio espectro que encontrará en él una notable pieza de reflexión histórica.

Pablo C. Díaz